

por sus dotes literarias, con ser éstas un tanto excepcionales, por aquellas otras que siempre juzgaré yo superiores a las puramente intelectuales, sin que en la valoración de sus talentos pueda influir la sincera calidad afectiva de mi amistad. Es decir, fue un amigo que no se debía de haber muerto, que hubiéramos querido conservarlo hasta marcharnos nosotros al otro mundo. Pero esto no impide que pueda proclamar sus méritos, no ya los personales, sino esos impersonales a través de una objetividad de forma y fondo que necesita, antes que un elogio o un juicio global, un detenido estudio que yo haría si me considerase capaz. Pero yo no soy crítico literario, ni sé de retóricas ni elocuencias del arte del lenguaje, ya en el sentido estilístico, ya en el artístico, ya en el filológico; y en todos ellos fue maestro nuestro pobre amigo.

A mí me gustaría seguir hablando de Pedro Romero Mendoza, pero creo más importante que alguien con preparación que yo no tengo lo enjuicie a través de sus numerosas obras, críticas, novelísticas, lingüísticas y hasta poéticas, afición esta última que compartió con su mujer doña Eladía Montesino-Espartero, ilustre dama a quien transmito mis respetos y la expresión de mi simpatía, con la seguridad de mi participación en su dolor.

A esa crítica analítica que merece y desde hace ya mucho tiempo estaba pidiendo Pedro Romero, contribuiría yo bajo otros aspectos de su persona, que aquí no me caben y que estimo de cierto interés para completar esta personalidad que hemos perdido.

J. DE H.

DEFINICION DEL POETA

Al escritor y poeta español Eulogio Florentino Sanz (1822-1881), se le atribuye esta definición del poeta:

«Un hombre que es capaz de hacer lo que otro hombre cualquiera, y además versos.»

Luis Rosales, poeta, escritor y académico de nuestros días, da esta definición:

«Poeta es una persona que no se gana la vida haciendo poesía.»



En malhadado accidente automovilístico, ha puesto fin a la vida del laureado escritor don Pedro Romero Mendoza; con su muerte las letras extremeñas han perdido un valioso puntal, difícilmente sustituible. Romero Mendoza, era un escritor de una clase que en nuestros actuales días no se prodiga. De formación autodidacta, dotado de óptimas condiciones intelectuales se propuso, y lo consiguió plenamente, un conocimiento del castellano tan completo que su prosa, es modelo de perfección idiomática, pudiendo calificarse su estilo como uno de los más clásicos de nuestros escritores actuales. Estilo conseguido a fuerza de estudios y copiosa lectura, que le dieron además una vasta y sólida cultura.

De su afición a la lectura, allá por la década de los años 40 data nuestra relación. Don Pedro, era uno de los pocos «héroes» que frecuentaba con un estoicismo digno de admiración, aquella Biblioteca pública instalada en el caserón húmedo y destartalado de la Cuesta de la Compañía. Allí creo que le ví por primera vez y me familiaricé a ver su esbelta figura, invariablemente, con su brazo doblado apriando en su mano un libro o dos, con un celo amoroso de buen bibliófilo. Nunca acerté a verle sin un libro, ni yo, ni creo que nadie le sorprendiese sin este aditamento que en él formaba parte de su esencia. También tenía noticias de su bien abastecida biblioteca, de la cual leí, sin su permiso más de una obra valiosa por su rareza o por su temática. Aclararé este pecadillo, relatando que por aquellos años yo era condiscípulo en el Colegio de San Antonio de los padres franciscanos de Cáceres, de su hijo Pedro Luis, que a hurtadillas de don Pedro, nos dejaba a un compañero llamado Antonio Segura y a mí, que éramos también lectores impenitentes, obras de su biblioteca, que nuestra juventud y curiosidad devoraban con fruición.

Excelente periodista, poeta, ensayista y profundo novelista, Romero Mendoza, destacaba en todas estas difíciles disciplinas. En esos tres largos lustros, que don Pedro dirigió ALCÁNTARA, nuestros

ROMERO MENDOZA
MAESTRO DE HABLISTA

lectores se habrán percatado del ponderado juicio y selecto criterio que siempre le guió.

De todos sus amplios conocimientos, siempre admiré el profundo dominio del castellano, de su léxico puro y de su sintaxis impecable. Bajo el seudónimo de «Un aprendiz de hablista» —él que siempre fue un maestro— llevó en esta revista una sección fija *Crítica sin hiel*, donde puntualmente, nos ofrecía una lección de buen decir, sección que merecería los honores de recopilarse y editarse, porque sería un maravilloso libro de consulta, ahora que hay tanto escritor, incluso de campanillas, que nos ofrecen un castellano plagado de galicismos, barbarismos, solecismos y otros vicios idiomáticos, y nada digamos del llamado, valga el eufemismo, *español neutro*, fabricado en Puerto Rico, que nos muestra a diario la Televisión.

Durante los últimos meses y por razones de esta revista, nuestra personal relación se acentuó visiblemente, nunca se borrará de mi memoria la exquisitez de sus maneras y lo afable de su trato. Su cortesía y educación esmeradas, daban a su figura hidalga un marcado acento de aristocrático perfil. Razonable, concienzudo, pendiente de la revista hasta en sus más nimios detalles, siempre estimé por lo que valían sus oportunos consejos con los que me distinguía, posiblemente por ser el más joven miembro de la redacción de ALCÁNTARA.

Desde estas cuartillas, escritas a vuela pluma, aún bajo los efectos de la sorprendente noticia de su desaparición, mi más emocionado homenaje, a este maestro de nuestras letras, que se llamó Pedro Romero Mendoza, caballero del buen decir y del mejor hacer.

J. A. OLIVER MARCOS



PEDRO ROMERO MENDOZA

ESCRITOR



ODOS los días al despertar, pensamos: ¿qué nos tendrá deparado hoy el destino? (¡Qué fatal palabra!) El destino nos depara las sorpresas más extrañas que podamos suponer. Una mañana te levantas, miras el periódico y te encuentras con la esquela de defunción de un amigo. De un conocido a quien parecía que la muerte iba a respetarlo mucho tiempo.

El cronista una mañana abrió una carta de su amigo José Canal. Canal decía: «Pedro Romero Mendoza ha muerto a consecuencia de un accidente de automóvil». Y uno piensa sorprendido en el destino.

Hilamos, palabra a palabra, conversaciones, saludos, discusiones, cambios de ideas, gustos o disgustos literarios. Pedro Romero Mendoza era un hombre puramente literario. Elegantemente literario. Si discutimos sobre éste o aquel escritor, siempre me llevaba el convencimiento de que Romero Mendoza era un escritor honrado. Un escritor con ideales muy claros y muy fijos. Tenía yo un gran respeto a sus juicios. Aunque me fuese muchas veces rumiando su castellano puro, su no querer nunca jamás ceder un poco. Tenía razón. Cuando un hombre no cede en sus convencimientos es que está seguro de sí mismo. Romero Mendoza siempre lo estuvo. Esta es la pura y llana verdad.

Pedro Romero Mendoza tenía una virtud de excepcional cualidad: la de ser un gran lector. Sabía devorar libros y libros. Y escoger sus lecturas. Pocos escritores han leído tanto y tan bien como Pedro Romero Mendoza.

Cáceres pierde uno de sus mejores escritores. Escritor exquisito que va a ser muy difícil igualar.

La revista ALCÁNTARA pierde director. Y al perder un director de la categoría de Romero Mendoza, difícil de sustituir, pierde un algo, un no sé qué, uno de sus mejores puntales, un gran literato.

Estamos los que andamos en estas cosas de la pluma hoy de luto en Extremadura.

JESÚS DELGADO VALHONDO